La mujer apareció de golpe sobre la ruta y le hizo señas para que se detuviera. El hombre frenó en la banquina unos metros más adelante. Ella se acercó y asomándose hacia adentro por la ventanilla, le dijo:

- ¿Puede ayudarme? Mi auto se desbarrancó.

El hombre miró y descubrió un cartel arrancado y la huella profunda de unas ruedas que terminaban en el vacío.

- Suba – le ofreció.

Pero ella dijo que iría a pie para mostrarle el camino.

El hombre la siguió hasta la curva. La vio parada en el borde del barranco, con el brazo extendido, inmóvil por unos segundos.

Luego la perdió en la neblina.

Bajó de la camioneta y cerró con llave. En el fondo del monte divisó un automóvil rojo atorado en la maleza. Era un atardecer nublado y el verde de las plantas resplandecía.

- Señora - llamó.

Comenzó a descender lentamente porque la barranca era casi vertical. Resbaló dos veces antes de llegar y se rompió el pantalón. Pensó en la mujer. Se preguntó cómo se las había arreglado en una pared tan escarpada.

- Señora – llamó otra vez.

Escuchó un llanto de niño que provenía desde el interior del auto. Se aproximó y a través de los vidrios astillados distinguió en el asiento de atrás un bebé de meses.

En el sitio del conductor había un cuerpo doblado sobre el volante.

El hombre tanteó las puertas pero estaban trabadas. Con cuidado, terminó de romper el parabrisas. Se retorció hacia adentro, llegó hasta el niño y lo sacó. Lo apoyó en el pasto, envuelto en su campera.

Luego volvió por el conductor. Era la mujer que lo había detenido en la ruta. Empujó su cuerpo suavemente hacia el respaldo. En el peso comprendió que estaba muerta. Una muerta serena, sin muecas de dolor ni de miedo. Sólo en los suaves labios morados se alargaba un suspiro de cansancio, porque su instinto de hembra la había forzado a trabajar más allá de las jornadas humanas.

Al cumplir los cincuenta, quedé viuda.

Después de repartir la herencia, un terreno y la casa entre los cinco hijos, me fui a vivir con Ercilia, mi hermana soltera sin estrenar, pero con ternura de sobra.

Me recibió en su casa y me agobió con mimos, desesperada para que olvidara, sin saber que lo que más me gustaba era, por fin, tenerlo encerrado entre cuatro tablas y para siempre.

Nunca me ahorró dolores y como broche final se murió de a poco y maldiciendo.

Todos los domingos, deber de viuda decente pueblerina, iba al cementerio a limpiar, lustrar los bronce y a sentarme en el banco frente a su retrato que me miraba victorioso desde la cruz.

Sabía que lo que me esperaba era para siempre.

El nuevo sepulturero se llamaba Nemesio (lo supe después), le calcule mas o menos cuarenta años, flaco y alto como arco de pérgola. Al principio, mudo, se acercaba y sin dejar-me hacer mi rutina, lustraba y acomodaba la tumba, mientras yo complacida lo miraba. Al cuarto domingo, después de terminar su labor se sentó a mi lado y la charla comenzó con el cuidado de las flores para luego ampliarse hasta la forma de cocinar un pollo.

Con el tiempo traje el termo con el café y los bollos de miel...

La mañana del domingo se convirtió para ambos en una ráfaga donde los recuerdos y las confesiones se mezclaban, aprisionándonos.

La gente del pueblo comenzó a murmurar...

Si hasta me pareció ver un cambio en la mirada de la foto del finado, ahora estaba impregnada de rabia contenida. Decidí no preocuparme. Pero eso sí, cuando Nemesio se atrevió y tomó suavemente de la mano, el pasado se me vino encima y me apresuré a tapar con mi pañuelo de lino, el retrato.

Mis hijos se enteraron y decidieron venir a ponerme en vereda. -¡A su edad!- decían.

Pero la suerte nos favoreció. Justo ese domingo, cuando el sol mañereaba, a la salida del pueblo y en un carromato que nos prestó un amigo, nos fuimos para siempre a vivir nuestros amores.

La nota que dejé junto a la foto del difunto de ninguna manera fue una burla, como lo consideraron varias vecinas, seguro con una pizca de envidia e impotencia. A lo mejor la dictó la rutina o tal vez el que dirán, quedar bien, mis cincuenta años en el pueblo, no es tan fácil zafarse de nuestra historia, sólo se que de corrido la escribí y así quedo:

“Queridos hijos:

No se olviden de regar y limpiar la tumba de vuestro amado padre. Sobre todo ahora que le va a faltar el cariño y cuidado que Nemesio y yo le dimos. Besos. Mamá.”

Eduardo Chavez

Mi madre cantaba boleros a las siete de la tarde. Era la hora exacta para comenzar en la búsqueda de la melodía, en la canción que hiciera dulce la caída de la tarde, en el tono opaco del sol apagándose y el regreso de mi padre desde la fábrica.

Cuando la bicicleta de mi padre asomaba en la curva de la ruta y era un punto visible como un dibujo que se aclara en la distancia, el bolero ya estaba elegido y sintonizado en la voz suave y perfecta, preparaba el reencuentro diario que dulcificaba el trabajo y el esfuerzo:

“Tú me acostumbraste,
a todas esas cosas, que tú me enseñaste y son maravillosas.....”

Dicen que la voz de mi madre era bellísima pero nunca pude escucharla pues dejó de cantar unos meses antes de que yo naciera. El bolero estaba ya dentro de su boca, asomaba en las notas de amor y bienvenida.

Cuando el camión giró de repente en la curva al mismo tiempo que la bicicleta intentaba apurar el ritmo para llegar más pronto al refugio de los brazos y a la luz de la canción.

“Tanto tiempo disfrutamos este amor,
nuestras almas se acercaron tanto así,
que yo guardo tu sabor.....”

Mi padre murió de inmediato y los ojos de mi madre no olvidaron nunca.

En aquél olvido también entró la música. Nadie la escuchó nunca otra vez aunque en el barrio se hablaba siempre de tan extraordinario talento.

En reuniones de vecinos, entre amigas los domingos, en alguna Navidad con familiares cercanos, siempre alguien hacía aparecer la propuesta, la súplica pequeña para que mi madre cantara un bolero. Ella decía: “Cuando mi amor se fue, se llevó mi voz con él...” y se quedaba callada, con un leve gesto de cansancio, agitando las manos sobre la cabeza como quien aleja un pensamiento extraño.

Los años pasaron sin asombros ni consuelos y una noche me encontré sentado a los pies de una cama de hospital.

Mi madre respiraba con los ojos cerrados. La vejez no había borrado la suavidad de su semblante y en la habitación había una especie de conformidad hacia el tiempo que agotaba todas las fatigas. De pronto, de sus labios quietos, una canción buscó un resto de aire, hubo un suspiro leve y como si salieran de un sueño, sonaron las palabras:

Reloj no marques las horas

porque mi vida se apaga

él es la estrella

que alumbra mi ser

yo sin su amor no soy nada

Fue sólo un instante, luego vino el silencio. Sin embargo, su sonrisa infinita parecía continuar la canción, el bolero de amor que abría por fin las puertas del encuentro.

Detén el tiempo en tus manos

haz esta noche perpetua

para que nunca se vaya de mí

para que nunca amanezca

13, 14, 15, 16. Cristina repasó nuevamente los días.

El 13 había ido al cine. Excelente película.

No se acordaba que había hecho el 17.

El 14 se levantó tarde; un milagro, porque después de tantos años poniendo el despertador a las seis de la mañana, la alarma se le había metido adentro. Todos los días cinco minutos antes de que sonara, se despertaba. Ese sábado también; pero logró vencerla. Desenchufó el reloj, tomó un vaso de agua y volvió a dormir.

El 15 había sido un domingo como todos. La visita de los chicos, escribir un rato, dibujar, un café en el centro...recordaba todo.

Pero el 17....

16, lunes: pasó en limpio algunos cuentos, ordenó la casa ¡ah! Visitó a los chicos. No supo bien porqué; los había visto el día anterior pero, de repente, sintió unas ganas locas de tenerlos cerca, de besarlos, de abrazarlos. También paso por la casa de los viejos que lo tomaron casi como un regalo; no iba muy seguido. Más tarde, ya en casa, llamó a algunos amigos. Un día dedicado a los amores. Pero también podía recordarlo.

Ahora bien, pensó mientras caminaba por aquel pasto verde...tan verde..., ¿Qué había hecho el 17?

Nada, no recordaba nada.

Hoy era 18. Consultó otra vez el reloj. Ahí estaba: 18 de marzo. Tal vez el error fuera anterior. Buscó la entrada del cine (siempre las guardaba aunque nunca supo bien porqué)13 de marzo, ninguna duda, había olvidado un día completo de su existencia.

Seguramente no habría pasado nada importante pero, de todos modos, debería recordar donde había estado, cuantos cafés, quién llamó. Nada.

Trabajo para su psicóloga. ¿O para el médico? ¿Arteriosclerosis precoz? ¡Lo único que le faltaba! Convertirse en una vieja chota vagando por ahí sin recordar quién era, dónde vivía, los chicos pasando avisos por la tele. Hizo un esfuerzo y espantó los malos pensamientos.

Miró el cielo. Estaba limpio, el sol en el poniente. Bajó la vista, la alfombra verde la invitaba a seguir caminando. El rocío del atardecer le humedecía los pies descalzos pero era agradable. A pesar de ese cortocircuito de la memoria, no se sentía mal; en realidad se sentía bien, muy bien. .

Tenía una inédita sensación de paz, de que todo estaba en orden. Miró hacia delante: el césped parecía no tener límites. Caminó más lentamente, no tenía horarios ni urgencias. Frente a ella, sin verla, sin que lo viera, un grupo pequeño caminaba en sentido contrario. Iban abrazados, las cabezas bajas, cada tanto alguien sollozaba. De pronto uno de ellos se separó, desanduvo el camino y dejó una flor sobre la tierra junto a una fecha grabada: 17 de marzo de 1977.